

El aurea

Capítulo 7. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

La densa cúpula de nubes cerraba el horizonte de los últimos tejados con una cremallera de incertidumbre y hacía más estridentes el recreo y los automóviles. Aquella tarde sin luz ése era el único paisaje sonoro detrás de los cristales tamizados de la amplia galería. Con los años, a Fina y a su hija todos esos ruidos se les han vuelto invisibles. Arrebujuadas en sus butacas con una manta, intercambiaban alguna frase entre sorbo y sorbo de café. A Fina le gusta que su hija le hable de sus cosas y, como no pasa todos los días, procura no interferir en el fluir de sus ideas, sus ocurrencias o sus descubrimientos. Trata de ser receptiva y, sobre todo, de no juzgarla con excesiva vehemencia. Si quiere conocer las opiniones de Raquel, su intuición le aconseja prudencia, paciencia y naturalidad. A los quince años, la comunicación entre madre e hija es tan preciosa y frágil como un hilo de cristal. Aquella tarde era uno de esos días. Raquel le estaba explicando la vida del matrimonio Curie, como si se tratara del último capítulo de Friends.

--Madame Curie... Curie era el apellido de su esposo, claro.

--Claro.

--Pues Madame Curie era mucho más brillante que su marido, ¡pero el premio Nobel se lo dieron a los dos! ¡Y la cátedra de física en la Sorbona a él! Y ahora seguimos en una sociedad igual de machista, aunque más disimuladamente.

--Sí hija mía. Es un camino muy largo... y muy lento. Pero este matrimonio debe de haber tenido una vida apasionante...

--Apasionante la de él, disfrutando de la fama. ¡Pero ella no se movió de su casa hasta que a su marido no lo atropelló un carro y lo mató! Entonces le pidieron que se hiciera cargo de la cátedra del señor Curie. ¡Pero porque no había nadie que supiera tanto como ella del tema! ¡Qué cara más dura! ¡Yo les habría dicho que naranjas de la China!

--¿Y de qué te habría servido decirles a esos señores de la Sorbona que no?

--De nada. Bueno sí. Para no concebir mi vida en función de mis relaciones con los hombres.

--Eso que acabas de decir es muy interesante, hija.

--Es lo que le pasaba a Marjane. Marjane era una emigrante iraní que vivía en Austria. Para explicar sus vivencias hizo un cómic buenísimo y después hicieron la película

Persépolis. La hemos visto en clase de naturales.

--¿Y por qué habéis visto esa película en clase de naturales?

--¡Pues por lo que te estoy diciendo! Para tratar el tema del relativismo en la ciencia.

Fina observó a su hija y se dio cuenta de repente de lo que había crecido, de lo alta que era. Ya no podía meter las piernas en la butaca y hacerse un ovillo, como hace dos años, cuando se pinchó con un cactus. Ahora es feliz haciéndose agujeros en las orejas...

--Voy a traer un poco más de leche --le dijo levantándose-- .Veo que este año te gusta esta asignatura.

Un relámpago bañó de luz la galería. A los pocos segundos el estruendo del trueno hizo ladrar a algunos perros y comenzó a llover.

El domingo siguiente, el cielo estaba tan azul que hacía daño y los padres de Raquel decidieron salir al campo con sus dos hijos. Su automóvil atravesaba una roja extensión de tierra en barbecho a gran velocidad.

--¿Qué van a cultivar aquí? --preguntó Borja, el hermano pequeño, a su padre.

--Patatas, girasoles, cada temporada cambian --dijo el padre sin dejar de mirar la carretera.

--¿Cada año cambian? ¿Nunca pueden repetir?

--A lo mejor estos campesinos utilizan métodos de cultivo ecológico --intervino Raquel-- y este año están dejando descansar

la tierra. Pero lo dudo, porque cada vez se usan más productos químicos y más semillas transgénicas. Pronto empezarán a nacer niños con seis dedos o con tres orejas, o con cerebro de mosquito, como Borja --y soltó una risotada.

--Hija, ahora los insecticidas y otros productos químicos están pensados para que no nos envenenemos. Esto ahora se mira mucho, al menos en Europa. De todo lo que viene de fuera no hablo, que ése sería otro tema.

--Ésa es una típica postura etnocéntrica, papá. Hay otras culturas que no son tan agresivas con el medio ambiente, su ciencia es más ecológica. ¿Por qué hemos de creer que nosotros siempre tenemos la razón?

--No seas ingenua, Raquel. Sólo hay una ciencia: la que descubre las vacunas, la penicilina... Hechos y no creencias. Los hechos probados por la ciencia no pueden ser ciertos en una cultura y falsos en otra. ¿He de girar a la izquierda? --preguntó a su mujer.

--Creo que sí. ¡A ver qué dice aquel cartel, chicos! Este mapa es tan completo que no sirve para nada...

Raquel les contestó a los dos.

--Desvío a quince kilómetros. Salida catorce. ¡Pero si la ciencia occidental sólo se mueve por intereses económicos! Las multinacionales sólo quieren esquilmar al planeta. Pero la ciencia de Latinoamérica, que se llama etnociencia, por si no lo sabíais, quiere salvar la biodiversidad que nosotros nos estamos cargando.

--Etnociencia. Es lo que me decías de las clases de Yemayá --comenta el padre a Fina.

--La sudaca ésa de las trenzas que arma tanto follón en las clases.

--¡Borja, si no sabes hablar, es mejor que te calles! --gritó Raquel a su hermano--. Yemayá es española, hija de emigrantes cubanos. Y en las clases lo que hacemos son debates, para que te enteres.

--Sí --prosiguió-- la ciencia occidental considera que el ser humano está por encima de la naturaleza, que no forma parte de ella y que puede utilizarla a su antojo. Y por eso estamos acabando con todos los recursos, con nuestra actitud depredadora. Somos asesinos --concluyó con una expresión de repugnancia dirigida al cosmos en general y a su hermano en particular.

--¡Puaj! Este lenguaje puede ser perjudicial para mi salud --murmuró Borja mientras se colocaba los auriculares.

--Fina, cariño --dijo el padre--, ¿dónde dices que está la salida?

--Pues entonces no me extraña su mal humor --dijo Alfonso cogiendo un minicruasán de chocolate--. Esta mañana, a primera hora, nos hemos cruzado en el pasillo de la planta baja, el que tiene el fluorescente estropeado, y os juro que me ha dado miedo. Miedo por ella, quiero decir, por cómo lo debe de estar pasando.

--¿Alguna otra aportación? --preguntó con impaciencia y desgana la directora acariciándose el vientre--. Porque si vamos a

seguir así yo me voy a mi casa, que hoy no me encuentro muy bien. Esta semana ha sido de órdago y me ha dejado literalmente agotada. Además, ahora cada día que pasa me canso más.

Olga, la directora, estaba embarazada de seis meses y no perdía ninguna oportunidad de hacerlo público y notorio. Los otros cinco miembros del claustro, que formaban parte de la reunión extraordinaria, se miraron entre sí con cara de circunstancias.

--Vamos a ver --dijo dirigiéndose a Sara--, en la reunión con el AMPA, ¿qué te dijeron exactamente? ¿Cuál fue su propuesta?

--Los padres quieren saber qué va a pasar con la parte de formulación química que todavía no se ha dado en clase --contesta Sara, mientras busca una página en su agenda--. Aquí está. Ellos quieren que se expliquen otra vez, pero bien, los temas que faltan y que no se salga del programa. Que siempre están viendo películas y haciendo debates... ¿Me pasas el zumo, Jeremías?

--¿De naranja o de piña? ¿Alguien ha subido la calefacción?

--¡Atended, por favor! --pidió la directora impaciente--. ¿Estamos de acuerdo en que le digamos que dé las clases como Dios manda? (Olga no ha olvidado la última clase en la que dos alumnos le espetaron que la historia que les explicaba estaba «culturalmente sesgada»).

Sara pronunció «naranja» con los labios, pero sin emitir ningún sonido. Jeremías, el jefe de estudios, le pasó el zumo.

--¿Quién se lo va a decir a Yemayá? --dijo Jeremías con un hilo de voz--. Porque esta tarde ya veis que tampoco ha venido. Para mí está clarísimo que ha de cambiar su forma de dar las clases.

Virginia, la psicopedagoga, levantó un dedo. Hasta ese momento había estado tomando notas, pero no había intervenido en la conversación.

--No me gusta esta forma de tomar decisiones, Olga. Lo siento --dijo--. Creo que es tratar a Yemayá como si fuera una apastada y no es justo. Tampoco entiendo muy bien qué ha alterado tanto a los padres. Los alumnos van a gusto a sus clases. Yo también he hablado con ella y me ha hecho ver todo el esfuerzo que ha realizado este verano para adaptar los currículos. Y al principio a todos nos pareció estupendo, ¿no es cierto? Habría que explicarle bien lo que está pasando, antes de pedirle nada. Si nos viéramos todos, la junta con Yemayá y los padres en una reunión informal, ¿no creéis que podríamos entendernos mejor? A Yemayá puede que no le guste mucho que le digáis lo que tiene que hacer.

--Yo sigo pensando --contestó el jefe de estudios-- que lo más práctico es decirle directamente que sus ideas personales son muy interesantes, pero que en clase se ha de limitar a dar la materia como hace todo el mundo. Pero opino como tú, que no funcionará.

--¿No podemos esperar un poco más? --sugirió Sara--. O buscar un punto medio. Yo creo que si Yemayá habla con los padres directamente es capaz de convencerlos.

--Llevamos todo el curso así y esto se tiene que terminar --le contestó la directora--. Además todo lo que Yemayá explica no tiene fundamento alguno, Sara. ¿Qué tendrán que ver las tradiciones o las creencias particulares de cada cultura con la ciencia?

--O la política y la economía con la investigación experimental --añadió Alfonso--. Todas esas mezclas son características de las culturas animistas. Para mí que los chavales están tan contentos porque les lava el cerebro. ¡Si hasta aplauden en clase!

--Ése es otro tema que también deberíamos tratar --señaló el jefe de estudios--. Todos los profesores se me han quejado del jaleo que arma en los debates ¡Que no está sola en el instituto, hombre!

--¡Como si las ciencias naturales se decidieran por votación popular! --exclamó Olga, mirando hacia el techo con los ojos en blanco.

Y como ya quería terminar, detuvo los siguientes comentarios alzando las palmas de las manos y dijo, mirando fijamente a Jeremías:

--No hay más que hablar. Mañana se lo explicas. Y si no le gusta, que dé las matemáticas de Paco. ¿De acuerdo? Después ya hablaré yo con ella si hace falta.

--¿Qué quieres decir?

--Lo que has entendido. ¿O veis otra solución?

Se miraron unos a otros pero no hubo más palabras, sólo rumor de sillas y papeles.

Olga miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las siete y doce minutos cuando sonó

puntualmente el timbre de las 19:15. En aquel mismo momento se abrió la puerta de la sala y asomó la cabeza de Yemayá, que se disculpó bajando la mirada.

--Lo siento --dijo--. No os lo vais a creer, pero casi estaba llegando, cuando he tenido que volver a casa. Me había olvidado el aura.

--Pues ya hemos terminado. No te preocupes, ya hablaremos mañana --dijo Olga--. Lo comprendemos. Pero ¿has podido solucionarlo?

--Por supuesto.

Al día siguiente, según lo acordado, Jeremías había citado a Yemayá en su despacho, para tratar de solucionar un tema que la incumbía directamente, le había dicho. Además, le rogaba que fuera objetiva. Eso, para él, significaba hablar en términos profesionales, y para ella lo contrario.

--Pues se trata --comenzó sin dejar de mirar la pantalla de su ordenador-- del tema de las clases de ciencias naturales.

Yemayá, parada en medio de la estancia, le devolvió la frase silabeando

--¿El tema de las clases de ciencias naturales?
--dijo quitándose despacio la rebeca y sentándose frente a él.

Observó con curiosidad todo lo que su jefe de estudios tenía encima de la mesa. Pensó durante una porción ínfima de tiempo en la utilidad e inutilidad práctica de cada objeto, en su antigüedad, en su procedencia...

--Exacto --Jeremías movió la cabeza, la miró y le dedicó una fría sonrisa--. Estamos buscando la solución de un problema.

Yemayá se detuvo en el gesto de retirarse el cabello y su mirada se encontró con un radiador de color ocre. Justamente detrás de las barras de hierro forjado se acumulaba el polvo sobre una pared de un color más viejo, distinto al del despacho.

--A un problema que antes de las quejas de los padres no existía y que vosotros habéis creado. Porque tú y Olga tenéis miedo.

Yemayá esperó una reacción. La necesitaba para romper aquella atmósfera de museo de cera que la estaba asfixiando hacía demasiado tiempo. Se dijo que ésta era la ocasión que había estado esperando. Pero la reacción no aparecía y la tensión la mareaba, la confundía. Notaba que se volvía más cínica y no quería ser así. Su pensamiento volvió al origen de todo. Cuando quiso compartir con sus compañeros sus nuevas ideas sobre las etnociencias. Ella también creía, en la facultad, en las ciencias experimentales, puras, absolutas. Pero una ciencia que aspira a explicar el mundo no puede cerrar los ojos a las miradas que otras culturas tienen sobre ese mismo mundo que compartimos. ¿O es que la ciencia ha nacido de la nada? Las asignaturas no son castillos de naipes, sin puertas ni ventanas, con habitantes inmóviles de gestos congelados. No podemos ignorar la naturaleza, todo lo que nos rodea. Pues lo que nos rodea nos condiciona, nos da forma. Nuestra forma de ser no es otra que nuestra forma de ser en el mundo. Si nuestro mundo cree en el progreso, entonces cree en el desarrollo. Y el desarrollo tiene una dirección,

una elección, en el caso de Occidente, etnocéntrica. Pero si también concebimos la realidad como obertura a otras culturas, como una aproximación de la conciencia al misterio de cada entorno natural y cultural, entonces las ciencias han de proporcionar sentido, luz, horizontes al mundo concreto en el que vive cada uno de nuestros alumnos. Su cosmovisión determina su forma de relacionarse con la realidad. No podemos olvidarlo, pues es así como cada cultura produce su conocimiento. No hay ciencia neutral. Por eso las etnociencias tienen en cuenta el lenguaje, los valores y la visión del mundo de cada etnia.

Durante este torbellino de pensamientos y recuerdos, Jeremías siguió sin contestar.

--Un momento --fue lo único que dijo, y se puso a teclear, concentrado de nuevo en la pantalla de su ordenador.

Yemayá revivió entonces las primeras quejas de los padres, la sorpresa de algunos alumnos, el recelo de sus compañeros... Todos distorsionando sus clases de ciencias, sus ideas sobre la ecología y el progreso, viéndolas como algo más radical de lo que era en realidad. La única diferencia con las ciencias tradicionales es el énfasis en el contexto cultural y el respeto por el entorno natural. Algunos alumnos lo han entendido como algo totalmente revolucionario y algunos profesores y padres como una especie de seducción sectaria. Pero es precisamente a ese maniqueísmo al que se oponen frontalmente las etnociencias, se dijo Yemayá. Y, por supuesto, no tienen nada que ver con el animismo. Desde el principio, la junta, con los padres a la cabeza, la ha estado

presionando para que deje esta asignatura. Por eso últimamente, aunque sabe que no conduce a nada, ha optado por el sarcasmo, por el absurdo, por contestar lo primero que se le ocurre. Cuanto más estúpido, mejor. En realidad, y ella íntimamente lo sabe, haciendo eso les ha dado alas. Ellos han podido dar un nombre a su ceguera, a su miedo a lo distinto, y cargarlo en su espalda. Sus excentricidades han abierto la espita. Qué se puede esperar, deben pensar, de una inmigrante mestiza. ¡Igual se creen que practico la santería! Hacer eso los tranquiliza. Algunas personas sólo usan las palabras para alejarse del mundo real. Para enseñar, limpian la escuela de contingencias... Entonces cesó el agudo zumbido de la impresora. Se cortó en seco el hilo de sus pensamientos y Yemayá regresó al mundo real.

--Toma, éste es tu nuevo horario. Cambias tus clases por las de Pedro y ahora darás matemáticas, que es una ciencia «más exacta». A Pedro tampoco le va a hacer ninguna gracia...

Jeremías le tendió la hoja que acababa de editar y se quedó esperando a que la leyera.

--Buenos días --fue lo único que dijo ella antes de levantarse y salir del despacho (dando un portazo, claro)